

PASEN Y LEAN

ANA MARTIN

## Carlos y el curso del 92

He tardado exactamente dos semanas en escribir este artículo. Todo un récord para quien vive con el eterno complejo de dejar todo para última hora. Pero, en esta ocasión, la tardanza ha estado motivada por el impacto, más que movida por la reflexión. El pasado día 5 de noviembre se presentó en el Cabildo la trilogía póstuma de Carlos Salvador compuesta por las obras Dioses para cinco minutos, Retrato de un viejo prematuro y Duelos del extranjero ilimitable. Carlos, fallecido en accidente de tráfico junto a su hermana Beatriz era hijo de Salvador Pérez, veterano periodista, y fue compañero de carrera y de clase.

Cuando murió me resistí a creerlo, porque uno asocia la juventud a la inmortalidad

nadie sabe bien por qué tipo de estúpida conexión mental. Una vez tuve los tres libros en mis manos, también me resistí a leerlos con una mezcla de miedo y angustia, pensando en los años perdidos, en una época relativamente reciente, de la que ya casi he borrado las coordenadas a fuerza de vivir deprisa. En las páginas de la literatura que Carlos atesoraba en su mente privilegiada se esconde una devoción absoluta a la belleza y el hedonismo (un día me lo resumió en una frase con la que deconstruyó su timidez ante mis ojos) y un inusitado gusto por el metalenguaje y la cita intelectual.

Sobre todos los recuerdos, uno muy nítido: Literatura Medieval. En aquella clase del genial Pepe Ramos Arteaga en la que se colaban de rondón alumnos de fuera, porque se aprendía como en ningún otro



lado a autenticar sentimientos, cada cual salía de su particular armario, descubriendo que existía vida más allá de Lázaro Carreter y el Romance de Mío Cid. Yo descubrí el amor,

a trancas y barrancas, y perdí de golpe tres asignaturas. También descubrí que aunque me licenciara, nunca sería una buena filóloga, y, acertadamente, encaminé definitivamente mis pasos hacia el periodismo, que es donde dicen las malas lenguas que acabamos los pésimos filólogos y escritores frustrados. Pues sí. Luego, tras encontrar a Rilke y

a Kavafis y perderme dos veces de camino a Itaca, descubrí que tampoco sería escritora, y atravesé mi laguna Estigia para llegar a un puerto en el que no se está ni mejor ni peor que en

«Cuando tuve los libros en mis manos, me resistí a leerlos con una mezcla de miedo y angustia, pensando en los años perdidos»

otros. Se está.

Carlos, sin embargo, aprovechó muchísimo aquel curso en el que el teatro tuvo un papel preponderante en nuestras vidas. Lo veo en aquellas fotos, cuando Federico Doglio vino desde Roma para vernos actuar, y pienso que su timidez pasó una dura prueba aquel curso del 92. Lo leo, ahora, tan seguro de sí mismo, tan inmerso en su posteridad, que se me hace difícil proyectarme en el tiempo y recordar a aquel chico que apenas susurraba sus ideas demasiado intelectuales y revolucionarias para nosotras, las polluelas de entonces, sorprendidas y displicentes. Yo no sé si, como hoy se dice, Carlos hubiera querido nacer como autor "para las masas". En cualquier caso, ojalá cambien tanto las cosas en las Islas como para que las masas lo lean. Y lo entiendan.